

requerirle de parte del Rey, y en nombre suyo, como justicia mayor de aquella tierra y de la de los alcaldes y regidores de la Veracruz, que estaban en Méjico, que entrase callado si traía provisiones del Rey ó su consejo, y sin hacer daño en la tierra; no escandalizase ni causase males, ni estorbare la buena ventura que allí tenían los españoles, ni el servicio del Emperador, ni la conversion de los indios; y si no las traía, que se tornase y dejase en paz la tierra y la gente. Mas poco aprovechó este requerimiento ni las cartas de Cortés y regimiento. Soltó al clérigo que trajeron preso los de la Veracruz, y envióle luego tras el fraile á Narvaez con ciertos collares de oro muy ricos y otras joyas, y una carta que en suma contenía cómo se holgaba mucho que viniese él en aquella flota antes que otro ninguno, por el conocimiento viejo que entre ellos había, y que se viesen solos si mandaba, para dar orden cómo no hubiese guerra ni muertes ni enojo entre españoles y hermanos, porque si traía provisiones del Rey y se las mostraba á él ó al cabildo de la Veracruz, que se obedecerían, como era justo, y si no, que tomarían otro buen asiento. Narvaez, como venía tan pujante, nada ó muy poco curaba de aquellas cartas ni ofertas ni requerimientos de Cortés, y porque Diego Velazquez, que le enviaba, estaba mal enojado é indignado.

Lo que Pánfilo de Narvaez dijo á los indios y respondió á Cortés.

Pánfilo de Narvaez dijo á los indios que estaban engañados, por cuanto él era el capitán y señor; que Cortés no, sino un malo, y los que con él estaban en Méjico, que eran sus mozos, y que él venía á cortar la cabeza y á castigarlos y echarlos de la tierra, y luego irse y dejársela libre. Ellos se lo creyeron con verle con tantos barbudos y caballos, creo que de ligeros ó medrosos; con esto le servían y acompañaban, y dejaban á los de la Veracruz. También se congració con Moteczuma, diciéndole que Cortés estaba allí contra la voluntad de su rey; que era hombre bandolero y codicioso, que le robaba su tierra y le quería matar para alzarse con el reino, y que él iba á soltarle y á le restituir cuanto aquellos malos le habían tomado; y porque á otros no liciesen semejantes daños y mal tratamiento, que los prendería y mataría ó echaría en prision; por eso, que estuviese alegre, pues presto se verían, y no había de hacer mas de restituírle en su reino y tornarse á su tierra. Eran estos tratos tan malos y tan feos, é injuriosas las palabras y cosas que Pánfilo decía públicamente de Cortés y los españoles de su compañía, que parecían muy mal á los de su ejército; y muchos no las pudieron sufrir sin afeárselas, especial Bernaldino de Santa Clara, que viendo la tierra tan pacífica y tan bien contenta de Cortés, le dio una buena reprehension, y asimismo le hizo uno y muchos requerimientos el licenciado Ayllon, y le mandó, so gravísimas penas de muerte y perdimiento de bienes, que no dijese aquello ni fuese á Méjico; que sería grandísimo escándalo para los indios y desasosiego para los españoles, deservicio del Emperador y estorbo del bautismo. Enojado dello Pánfilo, prendió al licenciado Ayllon, oidor del Rey, y á un secretario de la Audiencia y á un alguacil. Metiólos en otra nao, y envióslos á Diego Velazquez; mas él se supo

dar tan buena maña, que, ó sobornando los marineros ó atemorizándolos con la justicia del Rey, se volvió libremente á su chancillería, donde contó cuanto le aviniera con Narvaez á sus compañeros y gobernadores, que no poco dañó los negocios de Diego Velazquez y mejoró los de Cortés. Como prendió Narvaez al licenciado, luego pregonó guerra á fuego, como dicen, y á sangre contra Cortés; prometió ciertos marcos de oro al que prendiese ó matase á Cortés y á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval, y á otras principales personas de su compañía, y repartió los dineros y ropa á los suyos, haciendo mercedes de lo ajeno. Tres cosas fueron estas hartó livianas y panfarronas. Muchos españoles de Narvaez se amotinaban por los mandamientos del licenciado Ayllon, ó por la fama de la riqueza y franqueza de Cortés; y así, Pedro de Villalobos y un portugués y otros seis ó siete se pasaron al Cortés, y otros le escribieron, á lo que algunos dicen, ofresciéndose si venía para ellos; y que Cortés leyó las cartas, callando la firma y nombres de cuyas eran, á los suyos; en las cuales los llamaba sus mozos, traidores, salteadores, y los amenazaba de muerte y á quitarles la hacienda y tierra. Unos cuentan que ellos se amotinaron, y otros que Cortés los sobornó con cartas, ofertas y una carga de collares y tejuelos de oro que envió de secreto al real de Pánfilo de Narvaez con un su criado, y que publicaba tener en Cempoallan docientos españoles. Todo pudo ser, ca el uno era tibió y descuidado y el otro era cuidadoso y ardía en los negocios. Narvaez respondió á Cortés con el fraile de la Merced, y lo substancial de la carta era, que fuese luego, vista la presente, adonde él estaba, que traía y le quería mostrar unas provisiones del Emperador para tomar y tener aquella tierra por Diego Velazquez, y que ya tenía hecha una villa de hombres solamente con alcaldes y regidores. Tras esta carta envió á Bernaldino de Quesada y á Alonso de Mata á le requerir que saliese de la tierra, so pena de muerte, y notificarle las provisiones; mas no se las notificaron, ó porque no las llevaban, que fuera poco sabio si de nadie las confiara, ó porque no les dieran lugar; antes Cortés hizo prender al Pedro de Mata porque se llamaba escribano del Rey no siéndolo ó no mostrando el título.

Lo que dijo Cortés á los suyos.

Viendo pues Cortés que hacían poco fruto las cartas y mensajeros, aunque cada día iban y venían de Narvaez á él, y dél á Narvaez, y que nunca se habían visto ni mostrado las provisiones del Rey, acordó verse con él, que barba á barba, como dicen, honra se cata, y por llevar el negocio por bien y buenos medios, si posible fuese; y para esto despachó á Rodrigo Alvarez Chico, veedor, y á Juan Velazquez y Juan del Río, que tratasen con Narvaez muchas cosas. Pero tres fueron las principales: que se viesen solos ó tantos á tantos; que Narvaez dejase á Cortés en Méjico, y él se fuese con los que traía, á conquistar á Pánfilo, que estaba de paz, con personas de allá muy principales que tenía, ó á otros reinos; y Cortés, que pagaría los gastos y socorrería los españoles que traía, ó que se estuviese Narvaez en Méjico, y diese á Cortés cuatrocientos españoles de la armada, para que con ellos y con los suyos él

se pasase adelante á conquistar otras tierras. La otra era que le mostrase las provisiones que del Rey traía, y las obedeciera. Narvaez no vino á ningún partido, solamente al concierto de que se viesen con cada diez hidalgos sobre seguro y con juramento, y firmáronlo de sus nombres; mas no se efectuó, porque Rodrigo Alvarez Chico avisó á Cortés de la trama que Narvaez urdía para le prender ó matar en las vistas. Como entendía en el negocio, entendió la maña y engaño, ó quizá se lo dijo alguno que no quería mal á Cortés. Deshechos los conciertos, determina Cortés ir á él con decir: «Algo será.» Primero que se fuese habló con sus españoles, trayéndoles á la memoria cuanto él por ellos y ellos por él habían hecho desde que comenzó aquella jornada hasta entonces; dijo cómo Diego Velazquez, en lugar de les dar las gracias, los enviaba á destruir y matar con Pánfilo de Narvaez, que era hombre recio y cabezudo, por lo que habían hecho en servicio de Dios y del Emperador, y porque acudieron al Rey, como buenos vasallos, y no á él, no siendo obligados, y que Narvaez les tenía ya confiscados sus bienes, y hechas mercedes dellos á otros, y los cuerpos condenados á horca y las famas puestas al tablero, no sin muchas injurias y befas que de todos hacia; cosas ciertamente no de cristiano, ni que ellos, siendo tales y tan buenos, querrian disimular y dejar sin el castigo que merecían, y aunque la venganza él y ellos la debían dejar á Dios, que da el pago á lo menos gozar de sus trabajos y sudores á otros, que con sus manos lavadas venían á comer la sangre del prójimo, y que descaradamente iban contra otros españoles, levantando los indios que los servían como amigos, y urdiendo guerras muy peores que las civiles de Mario y Silla, ni que las de César y Pompeyo, que turbaron el imperio romano; y que él determinaba salirle al camino y no dejarle llegar á Méjico, pues era mejor Dios os salve que no quien está allá; y que si eran muchos, que valía mas á quien Dios ayuda que no quien mucho madruga, y que buen corazón quebranta mala ventura, como el suyo dellos, que estaba pasado por el crisol, después que con él seguían las armas y guerra; asimesmo que de los de Narvaez había muchos que se pasarían á él, por eso que les daba cuenta de lo que pensaba y hacia, para que los que quisiesen ir con él, que se aperciesen, y los que no, que quedasen mucho en buen hora á guardar á Méjico y á Moteczuma, que tanto montaba. Hizoles también muchos ofrescimientos si con victoria tornaba. Los españoles dijeron que como él ordenase así lo barían. Mucho les indignó con esta plática, y á la verdad temían la soberbia y ceguedad de Pánfilo de Narvaez, y por otra parte á los indios, que ya tomaban alas con ver disension entre españoles, y que los de la costa estaban con los otros.

Ruegos de Cortés á Moteczuma.

Tras esto, como los halló amigos y ganosos de lo que él mesmo, habló á Moteczuma, por ir sin menos cuidado y por saber lo que había en él, y dijole semejantes razones que estas:

«Señor, conocido ternéis el amor que os tengo y el deseo de serviros, y la esperanza de que á mí y á mis

compañeros haréis, cuando nos vamos, muy crecidas mercedes. Pues ahora os suplico me las hagais en estos siempre aquí, é mireis por estos españoles que con vos dejo, y que os encomiendo, con el oro é joyas que les queda y que vos nos distes; ca yo me parto á decir á aquellos que poco há llegaron en la flota, cómo vuestra alteza manda que yo me vaya, y que no hagan daño ni enojo á vuestros súbditos y vasallos, ni entren en vuestras tierras, sino que se es'en en la costa hasta que nosotros estemos para poder embarcar y nos ir, como es la vuestra voluntad y merced; é si entre tanto que voy y vuelvo, algún vuestro, de mal criado ó necio ó atrevido, quisiere enojar á los míos que en vuestra guarda quedan, mandaréisles que estén quedos.»

Moteczuma prometió de hacerlo así; y le dijo que si aquellos eran malos y no hacían lo que les mandase, que se lo avisase, y él le enviaria gente de guerra para que los castigase y echase fuera de su tierra; y si quería, le daría guías que le llevasen hasta la mar siempre por sus tierras, y mandaría que le sirviesen por el camino y mantuviesen. Cortés le besó las manos por ello. Agradecióselo mucho, y dió un vestido de España y ciertas joyas á un hijo suyo, y muchas cosas de rescate á otros señores que estaban allí á la plática. Mas no conoció de lo que entendía, ó porque aun no le habían dicho nada de parte de Narvaez, ó porque disimuló gentilmente, holgando que unos cristianos á otros se mataren, y creyendo que por allí ternía mas cierta su libertad, y se aplacarían sus dioses.

La prision de Pánfilo de Narvaez.

Estaba tan bienquisto de aquellos sus españoles Cortés, que todos querían ir con él; y así, pudo escoger á los que quiso llevar, que fueron docientos y cincuenta, con los que tomó en el camino á Joan Velazquez de Leon. Dejó á los demás, que serían otros docientos, en guarda de Moteczuma y de la ciudad. Dióles por capitán á Pedro de Albarado. Dejóles la artillería y cuatro fustas que había hecho para señorear la laguna, y rogóles que atendiesen solamente á que Moteczuma no se les fuese á Narvaez, y á no salir del real y casa fuerte. Partióse pues con aquellos pocos españoles y con ocho ó nueve caballos que tenía, y muchos indios de servicio. Pasando por Chololla y Tlaxcallan fué bien recibido y hospedado. Quince leguas, ó poco menos, antes de llegar á Cempoallan, donde Narvaez estaba, topó dos clérigos y á Andrés de Duero, su conocido y amigo, á quien debía dineros, que le prestó para acabar de forrar la flota, que venían á decirle fuese á obedecer al general y teniente de gobernador Pánfilo de Narvaez, y á entregarle la tierra y fuerzas della; donde no, que procedería contra él como contra enemigo y rebelde, hasta ejecución de muerte; y si lo hacia, que le daría sus naos para irse, y le dejaría ir libre y seguramente con las personas que quisiese. A esto respondió Cortés que antes moriría que dejarle la tierra que había él ganado y pacificado por sus puños é industria, sin mandamiento del Emperador; y si á gran tuerto le quería hacer guerra, que se sabría defender; y si vencía, como esperaba en Dios y en su razón, que no había menester sus naves, y si moría, mucho menos. Por eso, que le mostrase las

provisiones y recaudo que del Rey traía; porque, hasta primero verlas y leerlas no aceptaría partido ninguno; y pues no se las había mostrado ni mostraba, que era señal como no las traía ni tenía; y siendo así, que le rogaba, requería y mandaba se tornase con Dios á Cuba, si no, que le prendería y enviaria á España con grillos, al Emperador, que lo castigase como merecían sus deservicios y alborotos; y así, con esto despidió al Andrés de Duero, y envió un escribano y otros muchos con poder y mandamiento suyo, á requerirle que se embarcase y no escandalizase mas los hombres y tierra, que á mas andar se le levantaban, y se fuese antes que mas muertes ó males se recreciesen; donde no, que para el día de pascua de Espíritu Santo, que era de allí á tres días, sería con él. Pánfilo hizo burla de aquel mandamiento, prendió al que llevaba el poder, y mofó reciamente de Cortés, que con tan poca gente venía haciendo fieros. Hizo alarde de su gente delante de Joan Velazquez de Leon, y Joan de Río y los otros de Cortés que andaban y estaban con él en los tratos y conciertos. Halló ochenta escopeteros, ciento y veinte ballesteros, seiscientos infantes, ochenta de caballo; y aun díjoles: «¿Cómo os defenderéis de nosotros, si no haceis lo que queremos?» Prometió dineros á quien le trajese preso ó muerto á Cortés, y lo mesmo hizo Cortés contra Pánfilo. Hizo un caracol con los infantes, escaramuzó con los caballos, y jugó la artillería, para atemorizar los indios; por el cual temor el gobernador que allí cerca tenía Moteczuma le dió un presente de mantas y joyas de oro, en nombre del gran señor, y se le ofreció mucho. Narvaez envió, como dicen, de nuevo otro mensaje á Moteczuma y á los caballeros de Méjico, con los indios que llevaban el alarde pintado; y porque le decían que Cortés venía cerca, salía á correr el campo, y el día de Pascua sacó todos sus ochenta caballos y quinientos peones, y fué una legua de donde ya Cortés llegaba. Mas, como no lo halló, pensó que las lenguas que por espías traía, le burlaban, y tornóse á su real casi ya de noche, y durmióse. Mas, por si los enemigos viniesen, puso por centinelas en el camino, casi una legua de Cempoallan, á Gonzalo de Carrasco, Alonso Hurtado. Cortés anduvo el día de Pascua mas de diez leguas á gran trabajo de los suyos. Poco antes de llegar dió su mandamiento por escrito á Gonzalo de Sandoval, su alguacil mayor, para que prendiese á Narvaez, ó matase si se defendiese, y á los alcaldes y regidores, y dióle ochenta españoles de compañía con que lo hiciese. Los corredores de Cortés, que iban siempre buen rato delante, dieron en las escuchas de Narvaez. Tomaron al Gonzalo de Carrasco, que les dijo cómo tenía repartido Pánfilo de Narvaez el aposento, gente y artillería. El Alonso Hurtado escapóseles, y fué á mas correr, y entró por el patio del aposento de Narvaez, diciendo á voces: «Arma, arma, que viene Cortés.» A este ruido despertaron los dormidos, y muchos no lo creían. Cortés dejó los caballos en el monte, hizo algunas picas que faltaban para que todos los suyos llevasen sendas, y entró él delantero en la ciudad y en el real de los contrarios á media noche, que, por descuidarlos y no ser visto, aguardó aquella hora. Mas, por bien que caminó, ya se sabía su venida por la centinela, que

llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados, y muchos enfrenados, y los hombres armados. Entró tan sin ruido, que primero dijo, «Cierra y á ellos,» que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos cocuyos, y pensaron que eran mechas de arcabuz. Si un tiro soltaran, huyeran. Dijeron á Narvaez, estándose poniendo una cota: «Catad, Señor, que entra Cortés.» Respondió: «Dejadle venir; que me viene á ver.» Tenía Narvaez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles, y á la puerta trece tiros, ó segun otros dicen, deciseiete, todos de fruslera. Hizo Cortés subir arriba á Gonzalo de Sandoval con cuarenta ó cincuenta compañeros, y él quedóse á la puerta para defender la entrada con veinte; los demás cercaron las torres; y así, no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narvaez, como sintió el ruido cabe sí, quiso pelear, por mas que le fué requerido y rogado; y al salir de su cámara le dieron un picazo los de Cortés, que le sacaron un ojo. Echáronle luego mano, y rastrando le llevaron las escaleras abajo. Cuando se vió delante de Cortés dijo:

«Señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa.» El le respondió: «Lo menos que yo le hecho en esta tierra es haberos prendido.» Luego le hizo aprisionar y llevar á la Villarica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate asaz poco, ca dentro de una hora estaba preso Pánfilo y los mas principales de su hueste, y quitadas las armas á los demás. Murieron deciseis de la parte de Narvaez, y de la de Cortés dos solamente, que mató un tiro. No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artillería, con la priesa que Cortés les dió, si no fué un tiro, con que mataron aquellos dos. Teníanlos atapados con cera por la mucha agua. De aquí tomaron ocasion los vencidos para decir que Cortés tenía sobornado el artillero y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y rendidos, ni á Narvaez, que tanto mal habia dicho dél, estando muchos de los suyos con gana de vengarse; y Pedro de Malvenda, criado de Diego Velazquez, que venía por mayordomo de Narvaez, recogió y guardó los navios y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¿Cuánta ventaja hace un hombre á otro? ¿Qué hizo, dijo, pensó cada capitán de estos dos? Pocas veces, ó nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma uacion; especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados.

Mortandad por viruelas.

Costó esta guerra muchos dineros á Diego Velazquez, la honra y un ojo á Pánfilo de Narvaez, y muchas vidas de indios que murieron, no á fierro, sino de dolencia; y fué que, como la gente de Narvaez salió á tierra, salió tambien un negro con viruelas; el cual las pegó en la casa que lo tenían en Cempoallan, y luego un indio á otro; y como eran muchos, y dormían y comían juntos, cundieron tanto en breve, que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las mas casas morían todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos, y acostumbaban bañarse á todos

males, bañábanse con ellas, y tollfanse; y aun tienen por costumbre ó vicio entrar en baños frios saliendo de calientes, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese; y los que vivos quedaron, quedaban de tal suerte, por haberse rascado, que espantaban á los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo. Sobrevinóles hambre, y no tanto de pan como de harina; porque, como ni tienen molinos ni atahonas, no hacen otro las mujeres sino molar su grano de centli entre dos piedras, y cocer. Cayeron pues malas de las viruelas, y faltó el pan, y perecieron muchos de hambre. Hedían tanto los cuerpos muertos, que nadie los quería enterrar, y con esto estaban llenas las calles; y porque no los echasen en ellas, diz que derribaba la justicia las casas sobre los muertos. Llamaron los indios á este mal huizauatl, que suena la gran lepra. De la cual, como de cosa muy señalada, contaban después ellos sus años. Parésceme que pagaron aquí las bubas que pegaron á los nuestros, segun en otro capítulo tengo dicho.

Rebelion de Méjico contra los españoles.

Conoscía Cortés casi á todos aquellos que venían con Narvaez. Hablóles cortesmente. Rogóles que olvidasen lo pasado, que así haría él, y que tuviesen por bien de ser sus amigos, é irse con él á Méjico, que era el mas rico pueblo de Indias. Volvióles sus armas, que las habian perdido muchos, y á muy pocos dejó presos con Narvaez. Los de caballo se salieron al campo con ánimo de pelear, mas luego se dieron por lo que les dijo y prometió. En fin, todos ellos, que no venían sino á gozar la tierra, holgaron dello, y lo siguieron y sirvieron. Rehizo la guarnicion de la Veracruz, y envió allí los navios de la flota. Despachó docientos españoles al río de Garay, y tornó á enviar á Juan Velazquez de Leon con otros docientos á poblar en Cozacacoalco. Envio delante un español con la nueva de la victoria, y él partióse luego á Méjico, no sin cuidado de los suyos que allá estaban, á causa de los mensajeros de Narvaez á Moteczuma. El español que fué con las nuevas, en lugar de albricias, hubo heridas que le dieron los indios alzados. Mas, aunque llagado, tornó á decir á Cortés cómo los indios estaban rebelados é con armas, é que habian quemado las cuatro fustas, combatido la casa y fuerte de los españoles, derribado una pared, minado otra, puesto fuego á las municiones, quitádoles las vituallas, y llegado á tanto aprieto, que mataran ó prendieran los españoles si Moteczuma no les mandara dejar el combate, y aun con todo eso, no dejaron las armas ni el cerco; solamente alojaron por complacer á su señor. Estas nuevas fueron muy tristes para Cortés, ca le volvieron su gozo en cuidado, y le hicieron apresurar el camino para socorrer á sus amigos y compañeros; y si un poco mas tardara, no los hallará vivos, sino muertos ó para sacrificar. La mayor esperanza que tuvo de no perderlos y perderse, fué no haberse ido Moteczuma. Hizo reseña en Tlaxcallan de los españoles que llevaba, y eran mil peones y ciento de caballo, ca llamó á los que enviara á poblar. No paró hasta Tezcucó, donde no vió los caballeros que conocía, ni le recibieron como otras veces, ni por el camino tampoco; antes halló

la tierra, ó despoblada ó alborotada. A Tezcucó le vino un español que Albarado enviaba á le llamar y certificar de lo arriba dicho, y que entrase presto, porque con su ida aflojaría la ira. Vino asimesmo con el español un indio de parte de Moteczuma, que le dijo cómo de lo pasado él estaba sin culpa, y que si traía enojo dél, que lo perdiese, y se fuese al aposento de primero, donde él se estaba, y los españoles tambien vivos y sanos, como se los dejó. Con esto descansaron él y los demás españoles aquella noche, y otro día, que fué Sant Juan Bautista, entró por Méjico á hora de comer, con ciento de caballo y mil españoles, y muchedumbre de los amigos de Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla. Vió poca gente por las calles, no rescibimiento, algunas puentes desbaratadas y otras ruines señales. Llegó á su aposento, y los que no cupieron en él, fuéronse al templo mayor. Moteczuma salió al patio á recibirle, penado, á lo que mostraba, de lo que los suyos habian hecho. Desculpóse, y entróse cada uno en su cámara. Pedro de Albarado y los otros españoles no se veían de placer con su llegada y la de tantos, que les daban las vidas, que tenían medio perdidas. Saludáronse unos á otros, y preguntáronse cómo estaban y venían, y cuanto los unos contaban de bueno, tanto los otros de malo.

Las causas de la rebelion.

Quiso Cortés por entero saber la causa del levantamiento de los indios mejicanos. Preguntólo á todos juntos. Unos decían que por lo que Narvaez les enviara á decir, otros que por echarlos de Méjico para que se fuesen, como estaba concertado, en teniendo navios, pues peleando les voceaban: «Los, ios de aquí;» otros que por libertar á Moteczuma, que en los combates decían: «Soltad nuestro dios y rey si no quereis ser muertos;» quien decia que por robarles el oro, plata y joyas que tenían, y que valian mas de setecientos mil ducados; pues oían á los que llegaban cerca: «Aquí dejaréis el oro que nos habeis tomado;» quien que por no ver allí á los tlazcaltecas y otros que sus enemigos mortales eran; muchos, en fin, creían que por haberles derribado los ídolos de sus dioses, y por decírselo el diablo. Cada cual destas causas era bastante á que se rebelasen, cuanto mas todas juntas. Pero la principal fué porque pocos días después de ido Cortés á Narvaez, vino cierta fiesta solemne que los mejicanos celebraban, y quisieronla celebrar como solian, y para ello pidieron licencia á Pedro de Albarado, que quedó alcaide y teniente por Cortés, porque no pensase, á lo que ellos decían, que se juntaban para matar los españoles. Albarado se la dió, con tal que en el sacrificio no interviniese muerte de hombres ni llevasen armas. Juntáronse mas de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores, en el templo mayor; otros dicen mas de mil. Hicieron grandísimo ruido aquella noche con atabales, caracoles, cornetas, huesos hendidos, con que silvan muy recio. Hicieron su fiesta, é desnudos, empero cubiertos de piedras y perlas, collares, cintas, brazaletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljófar, y con muy ricos penachos en las cabezas, bailaron el baile que llaman mazeualiztli, que quiere decir merescimiento con trabajo, y así dicen mazauali por labrador.

Este baile es como el netoteliztli, que dije; ca ponen esteras en los patios de los templos, y encima dellas los atabales. Danzan en corro, trabados de las manos y por renglera; bailan al son de los que cantan, y responden bailando. Los cantares son santos, y no profanos, en alabanza del dios cuya es la fiesta, porque les dé agua ó grano, salud, victoria, ó porque les dió paz, hijos, sanidad y otras cosas así, y dicen los pláticos desta lengua y ritos ceremoniales, que cuando bailan así en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que al netoteliztli, así con la voz como con meneos del cuerpo, cabeza, brazos y piés, en que manifestaban sus conceptos, malos ó buenos, sucios ó loables. A este baile llaman españoles areito, que es vocablo de las islas de Cuba y Santo Domingo. Estando pues bailando aquellos caballeros mejicanos en el patio del templo de Vitcilopuchtli, fué allí Pedro de Albarado. Si fué de su cabeza ó por acuerdo de todos no lo sabría decir; mas de que unos dicen que fué avisado que aquellos indios, como principales de la ciudad, se habían juntado allí á concertar el motin y rebelion que después hicieron; otros, que al principio fueron á verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traian á cuestras, y así tomó las puertas con cada diez ó doce españoles, y entró él dentro con mas de cincuenta, y sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima. Cortés, aunque le debió pesar, disimuló por no enojar á los que lo hicieron; ca estaba en tiempo que los había bien menester, ó para contra los indios ó porque no hubiese novedad entre los suyos.

Las amenazas que hacian los de Méjico á los españoles.

Sabida la causa de la rebelion, preguntóles Cortés cómo peleaban los enemigos. Ellos dijeron que luego como tomaron armas cargaron con furia muy grande, pelearon y combatieron la casa diez dias arreo, en los cuales habian hecho los daños que ya sabia, y que por no dar lugar que Moteczuma se saliese y se fuese á Narvaez, como algunos decian, no habian ellos osado salir de casa á pelear por las calles, sino defenderse solamente y guardar á Moteczuma, como se lo dejara encargado; y que como eran pocos, y los indios muchos, y que de credo á credo se remudaban, que no solo se cansaban, mas que desmayaban, y si á los mayores rebatos no subia Moteczuma á una azotea y mandaba á los suyos que estuviesen quedos, si lo querian vivo, ya estuvieran todos muertos; ca luego en viéndole cesaban. Dijeron tambien que como vino la nueva de la victoria contra Pánfilo, Moteczuma les mandó, y ellos quisieron aflojar y no pelear; no, segun era fama, de miedo, sino porque llegado él, los matasen á todos juntos; mas empero que arrepentidos, y conociendo que venido Cortés con tantos españoles, ternian mas que hacer, volvieron á las armas y batería como de primero, y aun con mas gana y denuedo; de donde coligieron algunos que no era con voluntad de Moteczuma. Contaron asimismo muchos milagros: que como les faltase agua de beber, cavaron en el patio de su aposento hasta la rodilla ó poco mas, y salió agua dulce, siendo el suelo salobral; que muchas veces se ensayaron los indios á

quitar la imágen de nuestra Señora gloriosísima del altar donde Cortés la puso, y en tocándola se les pegaba la mano á lo que tocaban, y en buen rato no se les despegaba, y despegada, quedaba con señal; y así, la dejaron estar; que cargaron un dia de recio combate el mayor tiro, y cuando le pusieron fuego para arredrar los enemigos no quiso salir; los cuales, como vieron esto, arremetieron muy denodadamente con terrible grita, con palos, flechas, lanzas y piedras, que cubrian la casa y calle, diciendo ahora redimirémos nuestro rey, liberarémos nuestras casas y nos vengaremos; mas al mejor hervor del combate soltó el tiro, sin lo cebar mas ni ponerle de nuevo fuego, con espantoso sonido; y como era grande y tenía perdigones con la pelota, escupió muy recio, mató muchos y asombrólos á todos; y así, atónitos se retiraron; que andaban peleando por los españoles santa María y Santiago en un caballo blanco, y decian los indios que el caballo heria y mataba tantos con la boca y con los piés y manos como el caballero con la espada, y que la mujer del altar les echaba polvo por las caras y los cegaba; y así, no viendo á pelear, se iban á sus casas pensando estar ciegos, y allá se hallaron buenos; y cuando volvian á combatir la casa, decian: «Si nouviésemos miedo á una mujer y al del caballo blanco, ya estaria derribada vuestra casa, vosotros cocidos, aunque no comidos, ca no sois buenos de comer; que el otro dia lo probamos y amargais; mas echarvos hemos á las águilas, leones, tigres y culebras, que os traguen por nosotros; pero con todo esto, si no soltais á Moteczumacin y os vais luego, presto seréis muertos santamente, cocidos con chilmolli y comidos de brutos animales, pues no sois buenos para estómagos de hombres; porque siendo Moteczumacin nuestro señor y el dios que nos da mantenimiento, le osastes prender y tocar con vuestras robadoras manos, y á vosotros, que tomáis lo ajeno, ¿cómo os sufre la tierra, que no os traga vivos? Pero andar; que nuestros dioses, cuya religion profanastes, os darán vuestro merecido; y si no lo hacen presto, nosotros vos matarémos y despojarémos luego, y á esos hi de ruines y apocados de Tlazcallan, vuestros esclavos, que no se irán sin castigo ni alabando que toman las mujeres de sus señores y piden tributo á quien pechaban.» Estas y tales cosas braveaban y baladreaban aquellos mejicanos; y los nuestros, que de puro miedo estaban ciscados, los reprehendian de semejantes boberias que se dejaban decir cerca de Moteczuma, diciéndoles que era hombre mortal, y no mejor ni diferente dellos; que sus dioses eran vanos y su religion falsa, y la nuestra cierta y buena; nuestro Dios justo, verdadero criador de todas las cosas, y la mujer que peleaba era madre de Cristo, dios de los cristianos, y el del caballo blanco era apóstol del mismo Cristo, venido del cielo á defender aquellos pequeños españoles y á matar tantos indios.

El estrecho en que los mejicanos pusieron á los españoles.

En oír esto, en mirar la casa y proveer lo necesario se pasó aquella noche, y luego por la mañana, para saber de qué intencion estaban los indios con su llegada, dijo Cortés que hiciesen mercado, como solian, de todas las cosas, y ellos estar quedos. Entonces le dijo Albarado

La muerte de Moteczuma.

que hiciese del enojado con él, y como que le queria prender y castigar por lo que hizo, ca le remordia la conciencia, pensando que así Moteczuma y los suyos se aplacarían y aun rogarian por él. Cortés no curó de aquello, antes muy enojado, dijo, á lo que dicen, que eran unos perros, y que con ellos no habia necesidad de cumplimiento, y mandó luego á un principal caballero mejicano que allí estaba que en todas maneras hiciese mercado. El indio conoció que hablaban mal dellos, teniéndolos en poco mas que bestias, y enojóse tambien él, y desdeñado, fué como que á cumplir lo que Cortés mandaba, y no fué sino á apellidar libertad y á publicar las palabras injuriosas que oyera, y en poco tiempo revolvió la feria, porque unos quebraban las puentes, otros llamaban los vecinos, y todos á una dieron sobre los españoles y cercáronles la casa con tanta grita, que no se oian. Tiraban tantas piedras, que parecia pedrisco; tantas flechas y dardos, que hinchian paredes y patio á no poder andar por él. Salió Cortés por una parte y otro capitan por otra, con cada doscientos españoles, y pelearon con ellos los indios reciamente, y les mataron cuatro españoles, hirieron á otros muchos de los nuestros, y no murieron dellos sino pocos, por tener la guarida cerca ó en las casas, ó tras las puentes y albarradas. Si arremetian los nuestros por las calles, luego les atajaban las puentes; si á las casas, resebian mucho daño de las azoteas, con los cantos y piedras que dellas arrojaban. Al retirar los persiguieron terriblemente. Pusieron fuego á la casa por muchas partes, y por una se quemó un buen pedazo sin lo poder amatar, hasta derribar sobre él unas cámaras y paredes, por donde entraran á escala vista, si no fuera por la artillería, ballestas y escopetas que se pusieron allí. Duró la pelea y combate todo el dia, hasta ser de noche, y aun entonces no los dejaban, con grita y rebates. No durmieron mucho aquella noche, sino reparar los portillos de lo quemado y flaco, curar los heridos, que eran mas de ochenta, concertar las estancias, ordenar la gente para pelear otro dia, si menester fuese. Como fué dia, fueron sobre ellos mas indios y mas recio que el dia antes; tanto, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros. Ninguna mella hacian en ellos ballestas ni escopetas, ni trece falconetes que siempre desparaban, porque aunque llevaba el tiro diez y quince y aun veinte indios, luego cerraban por allí, que parecia no haber hecho daño. Salió Cortés con otros tantos, como el dia de atrás; ganó algunas puentes, quemó algunas casas, y mató en ellas muchos que dentro se defendian; mas eran tantos los indios, que ni se descubria el daño ni se sentia; y eran tan pocos los nuestros, que con pelear todos todas las horas del dia, no bastaban á defenderse, cuanto mas á ofender. No fué muerto español ninguno; mas quedaron heridos sesenta, de piedra ó saeta, que tuvieron bien qué curar aquella noche. Para remediar que de las casas y azoteas no rescibiesen daño ni heridas, como hasta allí, hicieron tres ingenios de madera, cuadrados, cubiertos y con sus ruedas, para llevarlos mejor. Cabia cada uno veinte hombres con picas, escopetas y ballestas, y un tiro. Detrás dellos habian de ir azadoneros para derrocar casar y albarradas, ó para regir y ayudar á ir el ingenio.

Entre tanto que se hacian estos ingenios no salian los nuestros á pelear, ocupados en la obra; solamente resistian; mas los enemigos, pensando que todos estaban muy mal heridos, combatíanlos á mas no poder, y aun les decian denuestos y palabras injuriosas, y amenazábanlos que si no les daban á Moteczuma, que les darian la mas cruda muerte que jamás hombres llevaron. Cargaban tanto y porfiaban á entrar la casa, que rogó Cortés á Moteczuma se subiese á una azotea alta y mandase á los suyos cesar é irse. Subió, púsose al petril para hablarlos, y en comenzando, tiraron tantas piedras de abajo y de las casas fronteras, que de una que le acertó en las sienas le derribaron y mataron sus propios vasallos. Y no lo quisieran hacer mas que sacarse los ojos; ni lo vieron, como le tenia un español cubierto y amparado con una rodela, no le diesen en la cara alguna pedrada, que tiraban muchas; ni creyeron que estaba allí, por mas señas y voces que les daban. Luego Cortés publicó la herida y peligro de Moteczuma; mas unos lo creian, y otros no; empero todos peleaban á porfia. Tres dias estuvo Moteczuma con dolor de cabeza, y al cabo murióse. Cortés, porque los indios viesan que moria de la pedrada que ellos le habian dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar á cuestras á dos caballeros mejicanos y presos, que dijeron la verdad á los ciudadanos; los cuales á la sazón estaban combatiendo la casa; mas ni por eso no dejaron el combate ni la guerra, como muchos de los nuestros pensaban; antes la hicieron mayor y sin ningun respeto. Al retirar hicieron muy gran llanto para enterrar al Rey en Chapultepec. Desta manera murió Moteczumacin, que de los indios era por dios tenido, y que tan gran rey como dicho es era. Pidió el bautismo, segun dice, por Carnestolendas; y no se lo dieron entonces por dárselo la Pascua con la solemnidad que requeria tan alto sacramento y tan poderoso príncipe, aunque mejor fuera no alargarlo; mas como vino primero Pánfilo de Narvaez, no se pudo hacer, y después de herido olvidóse, con la priesa del pelear. Afirman que nunca Moteczuma, aunque de muchos fué requerido, consintió en muerte de español ni en daño de Cortés, á quien mucho amaba. Tambien hay quien lo contrario diga. Todos dan buenas razones; mas empero no pudieron saber la verdad nuestros españoles, porque ni entonces entendian el lenguaje, ni después hallaron vivo á ninguno con quien Moteczuma hubiese comunicado esta puridad. Una cosa sé decir, que nunca dijo mal de españoles, que no poco enojo y descontento era para los suyos. Dicen los indios que fué el mejor de su linaje y el mejor rey de Méjico. Y es gran cosa que cuando los reinos mas florecen y mas encumbrados están, entonces se caen y pierden ó truecan señor, segun historias cuentan, y como lo habemos visto en este Moteczuma y en Atabaliba. Mas perdieron nuestros españoles con la muerte de Moteczuma que los indios, si bien consideráredes las muertes y destrozo que luego se siguió á los unos, y el contentamiento y descanso de los otros; ca muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey. Fué Moteczuma reglado en el comer; no vicioso, como otros